

JAIME TAMAYO ♦

La pena de muerte. Violencia, democracia y Estado de derecho

El debate sobre la pena de muerte, propuesto por el Ejecutivo a través de la Secretaría de Gobernación, como cualquier debate que conlleve la intervención y la consulta de la opinión de la sociedad puede ser benéfico en sí mismo y contribuye al fortalecimiento de la democracia en cuanto que amplía los espacios de la participación ciudadana; sin embargo, si este debate tiene lugar; como parece ser, como consecuencia de un hecho que ha despertado el malestar y el coraje social, se corre el riesgo de que la sociedad encuentre un consenso momentáneo sobre una situación que sólo es vista en este momento bajo la óptica de algún factor de violencia determinado, sin considerar las múltiples implicaciones y consecuencias que, en el mediano y largo plazos, tendría una decisión de esta naturaleza.

♦ Es director de la División de Estudios de Estado y Sociedad del Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades-UdeG.



No es, sin embargo, con la pena de muerte con lo que va a frenarse y a modificarse la violencia que agobia al país. Por el contrario, está visto que la pena de muerte no sólo no es realmente un factor de inhibición de la delincuencia, sino que en países en los que el Estado de derecho es aún inmaduro o incierto, los riesgos son mayores para inocentes y disidentes.

Por otro lado, aun en países altamente desarrollados, su aplicación ha sido duramente cuestionada a lo largo de la historia, ya por haber sido utilizada con fines políticos, como en los casos de los obreros anarco sindicalistas de Chicago hace un siglo, de Sacco y Vanzetti en los años veinte y de los Rosenberg, durante la guerra fría, ya sea por un trasfondo racista del aparato judicial estadounidense, que se ha ensañado con negros y latinos, ya sea porque, como en más de un caso de algún compatriota ejecutado, se aplicó más como una venganza del Estado contra el ciudadano que hizo frente con éxito a la brutalidad policiaca que por ofender a la sociedad.

En nuestro país además habría que agregar el riesgo que conlleva la existencia de extensas redes del crimen organizado que penetran el aparato administrativo, de procuración de justicia y de impartición de ésta, de manera tal que difícilmente podría preverse una “correcta” aplicación de la pena de muerte.

Por ello es necesario que antes de discutir en este momento sobre la conveniencia o inconveniencia de la incorporación de la pena de muerte en los códigos penales (constitucionalmente ya está prevista), se debata sobre las causas que han llevado a que tengamos en México una sociedad cada vez más violenta, en la que las “ejecuciones”, secuestros y asaltos han pasado a ser parte de nuestra cotidianidad, en tanto

que las políticas para la contención de la criminalidad parecen haber perdido la carrera contra el crimen organizado y la cooptación por éste de funcionarios públicos, policías y administradores de justicia.

Es indudable que en los últimos diez años la sociedad logró asumir los valores de la democracia y empujó al Estado a iniciar el tránsito a la democracia; igualmente, la vigencia de los derechos humanos está cada vez más arraigada en la conciencia social; sin embargo, aún tenemos por un lado un Estado que persiste en mantener la esquizofrenia del divorcio entre el México real y el México legal y que se refleja en las ambigüedades de la aplicación de la ley y, por otro lado, una sociedad que no asume todavía una cultura de respeto a la legalidad y que en más de un sentido busca la justicia por su propia mano.

La plena vigencia de la democracia y de los derechos humanos sólo puede alcanzarse en la medida en que impere el derecho. Las conductas antisociales no se combaten con más violencia y mayores penas, así sean demandas sociales del momento, sino que requieren una revisión y reestructuración a fondo de nuestros valores o instituciones. Por ello, el debate sobre la pena de muerte sólo puede darse de manera efectiva en el contexto de un debate más amplio que conlleve la búsqueda de alternativas para una sociedad cada vez más violenta. ■